

demás como á superiores nuestros, y que no busquemos nuestros propios intereses, sino más bién los de los demás ?

Escribiendo á Merimo, monje, le dice, que, habiendo concebido muchos una insensata estimación de sí mismos por algunas virtudes que creían haber alcanzado, han caído en el orgullo y en la falsa seguridad, como si nada tuviesen que perder de parte de los enemigos de su alma. Así es que, cuando se creían enteramente seguros han sido atacados de pronto, y con sus deplorables caídas han experimentado el poder de estos temibles enemigos. Por esta razón, añade en otra carta, si quereis evitar la caída, arrancad primeramente de vuestro corazón hasta las más pequeñas raíces de esa estimación presuntuosa que teneis de vos mismo.

Hemos visto en la vida de este Santo, que los solitarios Laurente, Fausto y Epínico le escribieron proponiéndole las vejaciones exteriores que sufrían de parte de los demonios, y que los llenó de consuelo con su respuesta refiriéndoles lo que él mismo había tenido que sufrir. Los demonios que atormentaban á estos solitarios dejaron de hacerlo exteriormente; pero empezaron á afligir su imaginación con pensamientos de blasfemias y otros no ménos amargos, lo cual les afligía en extremo. Apresuróse, pues, el Santo á decirles: « No os extrañeis de estos nuevos ataques de los demonios. « Estos desgraciados espíritus serán constantemente atormentados; mientras que nosotros, despues de haber sido humillados en esta vida con sus tentaciones gozaremos en el cielo el premio de la victoria. Estos espíritus de tinieblas que han querido desanimarnos, abatirnos, sumirnos en la desolación y hacernos perder la esperanza de la salud, serán exterminados y entregados á una rabia eterna. Yo os aseguro, hermanos míos, y os digo con toda verdad, que todo aquel que se vé perseguido por el demonio debè acudir á Jesucristo, á quién el demonio no

osa acercarse y decirle: Vos sois, ó Dios mio, mi refugio y mi defensa: Vos sois para mi alma como una torre inexpugnable que me pone á cubierto de los tiros del enemigo. Por lo demás, hermanos míos, no descuideis el trabajo manual, y acordaos que san Pablo se gloriaba de él, así como de las penas y amarguras que sufría.

En una carta dirigida á Nicón, archimandrita, se queja de que había algunos monjes que vagaban por las ciudades, y que se metían y moraban en las casas de los seglares como verdaderos parásitos, cuya conducta, léjos de recomendarlos para con las gentes del mundo, les envilecía y hacia despreciables.

Reprende en otra carta á Lamprótico, también archimandrita, el haber considerado como un motivo de gloria el habersele confiado el gobierno de un monasterio. Dios había permitido, para castigarle, que sus religiosos, léjos de prestarle sumisión, se rebelasen contra él. En vista de esto, le recomienda que, en lugar de afligirse, tenga paciencia: que recuerde lo que Jesucristo había tenido que sufrir de parte de sus enemigos, que eran sus siervos; mientras que los religiosos eran sus hermanos.

Dice á Epícteto, otro archimandrita, que en las oraciones y alabanzas que se dirigen al Señor, no es preciso levantar mucho la voz, sino que bastaba con manifestarle los sentimientos interiores de nuestro corazón. Pues Dios, dice, no toma en cuenta si gritamos ó cantamos, sino si guardamos el respeto debido á su presencia, y si oramos con atención: pues oye los gemidos de nuestros corazones.

A Alcibiades, escolástico dá esta instrucción: « Deseais adquirir la preciosa virtud de la humildad, y me preguntais como debeis conducirlos para adquirirla. Los sentimientos de nuestra alma se conforman ordinariamente á nuestra conducta exterior, que es con frecuencia su espresión. Sed,

pues, muy sencillo en vuestros vestidos en vuestros muebles, en vuestro alimento y en vuestra manera de obrar, ya andeis, ya habéis, ya saludeis á los demás. Que no haya en ninguna de las acciones de vuestra vida la más leve afectación, el más pequeño amaneramiento mundano, sino procurad hacerlo todo con la mayor sencillez. Además sed bueno con vuestros amigos, dulce con vuestros hermanos, paciente con los que os contrarian, humano y benéfico con los pobres y con los que padecen aflixión. Consolad á los enfermos, y dirigidles palabras capaces de animarlos : aliviad en lo que podais á los que sufren : jamás despreciéis á nadie : saludad con afabilidad : responded con dulzura y alegría de corazón : sed útil á los demás, y recibidlos á todos benignamente. »

Al diacono Babila dirige esta corrección : « Decís muy buenas cosas : pero vuestras obras no están conformes con las palabras. Sois, pues, bueno solamente en apariencia, y por eso quereis que los imbéciles os admiren : pero no podeis engañar á las personas sensatas, que os juzgan, no por las palabras, sino por las obras. »

Al monje Tirso dirige también esta reprehensión : « Si investigais con curiosidad lo que hacen los demás, y os constituís en censor de su conducta, olvidais lo que pasa en vuestro corazón. No gustais las dulzuras de vuestra celda : os separais del camino recto, y caminais por senderos extraviados. Juzgad lo que os sucederá con esto. »

A Arsino, monje, dice : « Cuando hayais estirpado de vuestro corazón los malos hábitos, y domado vuestras pasiones, os podreis aplicar á la contemplación de los divinos misterios ; pero si quereis subir á la montaña santa violentamente y á través de enemigos que aún no habeis veneido, os rodearán como abejas, y sereis víctima de su mortífero veneno. »

Al monje Anfíloco que se lamentaba de hallarse ator-

mentado de pensamientos de blasfemia, le dice : ¿ Porque os espantan estos horribles pensamientos ? ¿ No sabeis que, estando revestido del hábito monástico como de una unción santa, sois un atleta destinado al combate ? Ved á David : apenas ha recibido la unción real, se constituye Saul en su enemigo. »

Consuela también al monje Draconcio, afligido de tentaciones, diciendole :

« Se os figura ver detrás á los Egipcios que os persiguen, y delante el Mar Rojo, cuyas olas os causan espanto : pues representaos al mismo tiempo al Señor, que hiere invisiblemente á vuestros enemigos, y que os librerá del peligro en que os hallais. »

Por último, dice al monje Lampadio : « No es solo Júdas el que, habiendo despreciado el juicio de Dios, tuvo la osadía de entregar á Jesucristo ; Los cristianos que no observan los mandamientos divinos deben ser considerados como cómplices de su traición : puesto que, en lugar de ser fieles á Dios ; resisten á su gracia, entregándose á los deseos de sus corrompidos corazones. »

En una de sus cartas hace san Nilo el elogio de una vírgen llamada Anastasia. La llama bienaventurada y digna de toda alabanza, y dice que el resplandor de sus virtudes, sobre todo de su humildad, supera á la claridad de la luna. Añade que en un cuerpo mortal llevaba una vida angélica, y que era tan sólida su piedad, que puede decirse que estaba sostenida por la diestra del Altísimo. Su perseverancia en los trabajos de la penitencia, su confianza inquebrantable, su singular modestia, las lágrimas abundantes que derramaba en la oración, á cuyo ejercicio consagraba la mayor parte de la noche, y las buenas obras y las prácticas de piedad con que enriquecía su alma, la hacian muy agradable al celestial Esposo. Por esta razón el Santo se encomienda muy encarecidamente á sus oraciones.

Nos dá también una gran idea de un ermitaño, llamado Rufino, del cual dice, que, despues de haber renunciado enteramente á las vanidades y cuidados del mundo, que compara á un mar agitado por las tempestades, y cuyas oleadas luchan unas con otras, tuvo la dicha de encontrar la paz de su alma en la vida que habia abrazado, y de experimentar la más dulce tranquilidad, consagrándose únicamente á agradar á Jesucristo y á merecer la posesión de su reino.

Habia en Cilicia un monasterio, cuya perfecta observancia le habia referido un sacerdote muy piadoso, llamado Marino, muy diferente, por cierto, de aquel otro de quien más arriba hemos hablado. Su celo por la gloria de Dios le hizo manifestar su gozo á estos fervientes religiosos. « No he podido, les dice, contener mi gozo dentro de mí corazón al tener conocimiento de vuestra grande piedad. Caminais con santa emulación y constante fidelidad siguiendo los vestigios de los Apóstoles. No sólomente habeis renunciado con fervor al mundo y á los perniciosos placeres con que seduce, sino que habeis abrazado una rigurosa penitencia, y no cesais de alabar y de bendecir á Jesucristo nuestro Salvador y nuestro Rey, que os ha llamado á la vida religiosa. Cumpliendo de esta manera tan perfecta vuestros deberes, podreis dejar, como decia el grande san Antonio, fulgente lumbrera de los Egipcios, á los que vengan en pos de vosotros los modelos de la perfección religiosa, que deben imitar. »

Los iconoclastas del siglo octavo pretendieron valerse de la autoridad de san Nilo para apoyar su error contra el culto de las santas imágenes, y para ello citaban una carta de este Santo al prefecto Olimpodoro, pero truncando y adulterando algunas de sus palabras. Se leyó esta carta en el segundo concilio de Nicea, que es el séptimo ecuménico, según diversos ejemplares, y se reconoció la impostura,

que es el recurso ordinario de los herejes. San Nilo efectivamente dice todo lo contrario de lo que pretenden los iconoclastas, lo cual hizo que Constantino, obispo de Constancia en Chipre, exclamase, que los herejes, que habian pretendido tener de su parte á este santo Padre, eran parricidas é impostores que calumniaban á los Santos.

Se leyó también en este mismo concilio otra carta de san Nilo, que confirma la doctrina ortodoxa relativa á las santas imágenes, y en la que refiere un gran prodigio acaecido en el desierto de Sinaí. Hé aquí en resúmen lo que dice á Heliodoro en esta carta. Dios hace muchos prodigios, tanto para afirmar en la verdadera fé á los que vacilan, como para confundir la incredulidad de los impíos, y estos milagros son más evidentes y luminosos que la luz del dia. Voy, pues, á referir uno de ellos realizado en nuestro desierto de Sinai por la intercesión del santo mártir Platón, de quien podia referir otros muchos. Habia en Sina un hombre de Galacia, que en unión de su hijo se habia retirado para profesar la vida monástica con gran perfección. Cuando se hallaban más tranquilos y entregados á sus santos ejercicios, hicieron los bárbaros una incursión á este desierto, y arrebatándole á su hijo, se lo llevaron cautivo. Vos sabeis lo que se sufre bajo la tiranía de estos bárbaros : el estado de los esclavos es muy deplorable ; pues se hallan casi desnudos, condenados al hambre, á la sed y á todas las injurias del tiempo, abrumados con los más penosos trabajos, y amenazados constantemente por la muerte. El buén anciano, se habia retirado á una caverna, en donde, entregado á su dolor, imploraba con abundantes lágrimas la intercesión de san Platón, para que Dios se dignase devolverle á su hijo. Este, igualmente inspirado para que invocase á san Platón, cuya imagen se le aparecía con mucha frecuencia, imploraba su auxilio

con fervor. Cuando ambos se hallaban orando, apareció san Platón al joven cautivo, montado en un caballo é invitando á éste para que montase en otro que llevaba del diestro. En el mismo momento se rompieron las ligaduras del cautivo, cual si fuesen hilos de tela de araña, y el joven solitario siguió á san Platón, á quién reconoció por las imágenes que se le habian aparecido, encontrándose al poco tiempo al lado de su padres. Despues de esto desapareció san Platón.

NICON Y JOSÉ DE PELUSA, SOLITARIOS DE SINA :
PEDRO Y EPIMACO, SOLITARIOS DE RAITHA ¹

No hay fundamento alguno para creer que el solitario Nicón, de quién vamos á hablar, sea el mismo que honran los Griegos en 26 de noviembre, y que el cardenal Baronio colocó el mismo dia en el Martirologio romano. Los Griegos en sus *Méneos* dicen que éste era hijo de un gran señor de Armenia : que movido de las promesas que hace Jesucristo á los que lo dejan todo por su amor, se retiró á un monasterio, en donde vivió en la mayor austeridad : que recorrió muchas provincias de Oriente exhortando á los pueblos á la penitencia, lo que le mereció el sobrenombre de *Penitente* : que vino despues á la isla de Creta y al Peloponoso, y que terminó su vida en Lacedemonia, en donde edificó una iglesia é hizo muchos milagros.

Nicón: solitario del desierto de Sina, nos es conocido sólomente por una calumnia levantada contra él, y que so-

¹ Cotelier.

portó con humilde paciencia. Profesaba la vida religiosa en esta soledad, cuando la hija de un habitante de Farán, queriendo ocultar al verdadero culpable, le acusó indignamente. El padre de esta jóven, lleno de dolor y de desesperación, vino á la celda de Nicón con objeto de matarle ; pero al levantar la mano para realizarlo, se le quedó seca. Este prodigio hablaba muy claro en favor de la inocencia de Nicón ; pero en la agitación de espíritu en que se hallaba este padre, de nada le sirvió, y fué á acusar á Nicón ante los sacerdotes de Farán. Estos le hicieron comparecer, y no justificándose el humilde solitario, le impusieron castigos corporales, y le ordenaron que saliese del pais. Nicón, cada vez más humilde, pidió la gracia de permanecer allí para hacer penitencia, lo cual se le permitió, pero separándole durante tres años de la comunión de la Iglesia, y prohibiéndole que nadie hablase con él. Así es que todas las semanas venia á las puertas de la iglesia, como un penitente público, y se postraba á los pies de los fieles que entraban en ella, pidiéndoles que rogasen por él.

Sufrió esta humillación hasta que Dios manifestó su inocencia del modo siguiente. El verdadero culpable fué poseido del demonio, y vino á confesar á la iglesia y en medio de una asamblea de fieles, su crimen y su calumnia. Admirado todo el pueblo de lo que habia sufrido Nicón y de su heroica paciencia, corrió á pedirle perdón. No le costó trabajo el otorgarlo : pero se retiró á otro desierto, cuyo nombre no se dice.

Habia también en aquel tiempo en el monte Sina otro solitario natural de Pelusa y llamado José, Nada de particular se sabe de él, pero se conserva una historia muy edificante que refirió á Crono, y éste á su vez á los solitarios de Nitria, entre los cuales se habia retirado. Decía, pues, José á Crono que, hallándose un dia en la iglesia del desierto de Sina, vió á un religioso muy notable por su